

La bufanda

Cuando hay rivalidad o se juega algo importante, los partidos de fútbol se declaran de alto riesgo y se separa a las aficiones: una en un lado y otra en otro, cada una con sus colores y sus gritos, y, entre ambas, vallas y barreras de policías. Muchos aficionados llevan la bufanda de su equipo al campo de fútbol. Incluso hay forofos que, aunque estén en su casa y solos, se ponen esa bufanda para ver las retransmisiones de los partidos. Nada hay más simple ni más cierto que el mundo visto bajo por los ojos del forofos: sólo aplaude a su equipo, nunca al equipo contrario; el árbitro sólo se equivoca en su contra, nunca en su favor.

Estos días me he imaginado a los señores diputados sentados en sus escaños con la bufanda de su partido puesta, y no sólo a los del PP –que ahora están más cuestionados por el apoyo cerrado que están dando a EE.UU.–, a todos, y me ha dado pena, por ellos y por los ciudadanos a los que representan. Cuando habla su líder, aplausos, siempre aplausos. Cuando habla el líder de los otros, pataleos, sonrisitas tontas y comentarios graciosillos en voz alta. Por lo visto, sólo uno está acertado, que casualmente es el suyo. Nada hay más previsible que una votación de nuestros representantes.

También me imagino a muchos periodistas con la bufanda del partido de sus amores puesta cuando están en pleno ejercicio de su trabajo. Algunos forofos quieren que yo me ponga la bufanda cuando escribo, y no porque crean que uno debe estar más comprometido con causas que lo merecen, sino porque les produce inseguridad no saber a qué atenerse conmigo, esto es, porque no saben si aplaudirme o pitarme antes de empezar a leerme.

Juan Bosco Castilla